

## **El espacio expandido: entre la (des)-territorialización y la virtualidad**

Claudia Giannetti

Nuestras experiencias de tiempo, realidad y espacio son hoy radicalmente distintas a las que podríamos advertir tan sólo hace quince años. Esto se debe a una serie de factores, entre los cuales me gustaría sólo citar uno, directa e indirectamente relacionado con el tema central que planteamos hoy en esa mesa. Este factor consiste en la influencia de las tecnologías en la transformación de la noción de lugar y en la constitución de los que podríamos llamar “territorios vulnerables”.

A principios de los años noventa, paralelamente al desarrollo técnico de Internet, las sociedades posindustriales descubrieron las potencialidades de las redes telemáticas y de lo que se llamó, en aquellos momentos, el ciberespacio. El desarrollo de la *netcultura* implicó procesos muy específicos. Entre otros, la pretendida “colonización” del ciberespacio generó una segmentación entre el mundo institucional, la esfera política, los intereses corporativos, los intereses privados y también lo que en aquellos momentos se constituyó como una contracultura.

No obstante, a pesar de la diversidad de intereses, en la primera etapa de la implantación telemática, todos compartían, en general, un gran optimismo, en algunos casos dejándose llevar por una torpe ingenuidad respecto a ese enorme potencial de la red, considerado democratizante y emancipador.

Se llegó a manifestaciones tan grotescas como la de 1996, con la “Declaración de independencia del ciberespacio”, o tan delirantes como la “Carta Magna para la era del conocimiento” (1994), redactada por los norteamericanos Gilder y Toffler, que consideraban la unión del capitalismo y la tecnología un impulso hacia la “evolución” de la humanidad. Algunas proclamaciones de un optimismo desenfrenado, como las de Roy Ascott, sostenían incluso que el ciberespacio y su tecnología eran los que nos permitirían transformarnos nuestro “yo”, transferir nuestros pensamientos y trascender las limitaciones de nuestros cuerpos. Mientras tanto, ciberactivistas y hackers defendían la apertura del código fuente, elaboraban protestas, sabotajes y movilizaciones sociales en y a través de la red. Estos años, desde 1995 hasta 1999, podrían ser considerados el “punto álgido” de la experimentación creativa y también del debate sobre, con y a través de Internet.

El término ciberespacio se transformó pronto en el sinónimo de la superación de las fronteras geográficas y corporales a través del espacio inmaterial y del hiperespacio, y también de la viabilidad de generar ubicuidad y telepresencia (el cuerpo virtual).

Felizmente hemos despertado de esa pesadilla ciberespacial. Desde la perspectiva actual, nos parecen muy distantes aquellos momentos de euforia neorromántica de la fase inaugural de Internet, aunque nos separe tan sólo poco más de una década. Analizado con distancia, hemos constatado que el espacio virtual ni es tan democrático ni tan liberador como utópicamente se planteaba. Ahora más que nunca surgen interrogantes respecto a los verdaderos cambios generados y los futuros cambios que están por venir.

Slavoj Žižek, que ha reflexionado sobre la cuestión del ciberespacio, especialmente sobre sus consecuencias para el ser humano, considera que la pérdida del sentido de la realidad en el ciberespacio no está producida por la idea de vacío, sino, al contrario, por la idea del exceso, el mismo exceso que se produce en nuestro espacio vital. Eso es lo que lleva a Marc Augé a su planteamiento de los "no-lugares", en oposición evidentemente al concepto de lugar de la tradición etnológica, que lo vincula con la noción de una cultura localizada en un tiempo y espacio.(1)

Lo que hace una década se planteaba como una experiencia propia del ciberespacio, hemos constatado que está integrado hoy en nuestras experiencias cotidianas: en las concentraciones urbanas, en los medios de transporte, las autopistas, los aeropuertos, los parques de diversión, los supermercados, los grandes centros comerciales y las telecomunicaciones.

Son espacios que ya no pueden definirse como "lugar" de identidad, de memoria o de historia, sino que se definen principalmente por la imposición de un tiempo actual. Por lo tanto estos "no-lugares" no son espacios para vivir, sino para recorrer, y se miden en unidad de tiempo (2).

Como comenta Augé, "el espacio está atrapado por el tiempo" y los individuos, transformados en meros clientes, pasajeros, usuarios y consumidores de espacio-tiempo, están atrapados por el exceso: "La superabundancia de acontecimientos, la sobredimensión arquitectónica, la superabundancia espacial" (Augé 2004: 112) y el incremento del anonimato plasmado en la experiencia solitaria y aislada en ambientes de tránsito. Un dato muy interesante que comenta Augé es que, precisamente estos *no-lugares* se han transformado en el blanco privilegiado de los atentados (aeropuertos, trenes, aviones, estaciones, supermercados, grandes rascacielos...). En un contexto de relaciones de poder y control, de la misma manera como la red es vulnerable, los *no-lugares se vuelven cada vez más vulnerables*.

Si entendemos como el proceso paralelo a la desterritorialización el de la virtualización del cuerpo o descorporización, podemos llegar a plantear o extrapolar la teoría del *no-lugar* al cuerpo, que también se vuelve un espacio expandido del anonimato, un territorio vulnerable, una especie de *arquitectura viva*, en la que el diseño y las tecnologías desempeñan su acción sobre un espacio-tiempo. Biotecnología, nanotecnología, biogenética, neurotecnociencia son sólo algunas de las poderosas herramientas invasivas de neocolonización y dominio de los procesos biológicos y reproductores humanos. Felizmente hemos abandonado la retórica efectista de la cibercultura; no obstante estamos cayendo en otra trampa retórica, sólo que más poderosa y peligrosa: la del diseño de la vida e la inteligencia artificiales.

## NOTAS

(1) Marc Augé, *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona, Gedisa, 2004.

(2) Uno de los mejores ejemplos es la nueva terminal 4 del aeropuerto de Barajas en Madrid, en el que las distintas puertas de embarque están indicadas con el tiempo de recorrido hacia ellas. Su arquitectura descomunal puede ser vista como paradigmática del *no-lugar arquitectónico*.